dar un salto á la calle opuesta á la plaza.

Todo esto se realizó sin más percance que cierta alarma en el gallinero, de donde partieron mil cacareos malhumorados, por la interrupción del sueño tranquilo que sus alados habitantes disfrutaban.

Una vez en la calle, miré al cielo, bendije aquella honrada casa que abandonaba como criminal, me persigné devotamente y...

Me quedé perplejo al llegar á este punto; pues hasta entonces me ocurrió preguntarme:

—¿Á dónde voy?

XV.

Un encuentro.

No vacilé mucho tiempo, pues muy á poco me contesté:

—Á cualquiera casa del barrio del Arroyo.

Y eché por la calle adelante, procurando ver en la oscuridad de la noche, para evitar una sorpresa.

Por fortuna no tuve la locura de ir en busca de Remedios, seguro de que Soria y Cañas tendrían la casa escoltada y las entradas de la calle bajo la más cuidadosa vigilancia.

Anduve con lentitud calculada para evitar el ruido de un tropezón en piso tan irregular y tan ocasionado á golpes, no obstante que me sentía presa de la impaciencia

del temor. Gracias á que Coderas no contaba con gran número de tropa, no podía poner muchos retenes en el interior del pueblo, pues habría tenido necesidad de dispersar en ello su fuerza, inutilizándola para un caso de asalto. La precaución consistía por esto en piquetes avanzados sobre los caminos, aunque la circulación interior quedaba bastante libre. Algunos oficiales recorrían á caballo el pueblo, dormitando al paso lento de las cabalgaduras.

Apoyado en mi bastón, con un frío que me calaba los huesos, y pudiendo apenas soportar en la cabeza el sombrero que aun conservaba las negruzcas manchas de mi sangre, caminaba yo excusando obstáculos, deteniéndome para dejar paso al oficial de á caballo oido de lejos, separándome con cautela del lugar en que los perros me gruñían y que con sus ladridos podían venderme.

Al fin me ví en pleno barrio del Arroyo y me atreví á caminar con menos temores. Me detuve un momento para elegir la casa á cuya puerta llamaría, después de corta vacilación, opté por la de Pedro Martín. Con-

tinué mi camino, doblé á la izquierda, y cuando me faltaban obra de cincuennta varas para llegar, me asaltó un justo temor: puesto que según sabía yo, la casa de Don Mateo estaba convertida en cuartel, y la mía en hospital, ¿qué habría hecho Coderas de la del indio que movía á todo el barrio, y que tanto era notado de valiente y astuto? Pensé entonces que la casa de Pedro no podía por sus pobres condiciones emplearse como las otras, y me dije: «ó la han incendiado ó la mujer de Pedro ha sido respetada para no irritar á los pocos del Arroyo que quedan en San Martín.»

Me acerqué: la casa estaba como siempre; avancé hasta la puerta, y casi la tocaba, cuando un bulto, surgiendo delante de mí, se me arrojó encima. Más que ví, presentí el ataque; desvié ágilmente el cuerpo y asesté un garrotazo que produjo un sonido seco y arrancó un quejido ahogado á la víctima; pero el palo saltó de mi mano y se perdió en el negro suelo de la calle. El ofendido oyó caer el palo, y mientras enderezaba el dolorido cuerpo me dijo á media voz llena de ira:

—Cuidao, amigo; ora voy yo.

Desarmado, y dándome por muerto, oí aquella voz como bajada del cielo.

—¡Tío Lucas! me apresuré á gritar.

—¡Aguárdese!

—¡Soy yo, soy Don Juanito!

—¿Don Juanito? preguntó el viejo, acercándose machete en mano y con desconfianza. ¡Qué palo me ha dao tan bueno!

—Vd. tuvo la culpa, hombre.

—¡Huy! murmuró el viejo apretándose las costillas.

—No hay que perder tiempo, le dije; vamos al caso, ¿qué hace vd. aquí? ¿Donde está Don Mateo? ¿Y Pepa?

—Entremos aquí y yo le contaré; porque hace un ratito por poco me agarra un piquete que salió al camino.

Tocó el tío Lucas la puerta con los nudillos, y una voz chillona y que parecía acostumbrada á la altivez nos gritó.

—¡Quién!

—Yo, Minga; ábreme, que aquí está Don Juanito, contestó el tío.

Y á poco se abrió la puerta, y entramos

en una pieza caliente en que dormían cuatro muchachos de menos de diez años y una mujer de edad avanzada, madre de Minga.

—Hija, dijo el compadre de Don Mateo; dame un trago de aguardiente, porque he andao mucho, y aquí Don Juanito me reventó el lomo de un palo. También él tiene frío y necesita algo caliente.

Y entre trago y trago de una botella que Minga colocó sobre la poco limpia mesa, charló el viejo una media hora, á la luz de un candil de manteca de menguada y movible llama.

En San Bonifacio quedó muerto uno de los acompañantes del tío Lucas, y cuando yo huí con Remedios, sostuvieron ellos la puerta algunos momentos mientras yo me alejaba. No pudiendo resistir más, abandonaron la defensa, y atravesando á todo correr el patio, salieron por la puerta del campo; oyeron la descarga que hirió á Remedios y echaron por los jacales del rumbo opuesto, ganando el bosque. Pepa allá se quedó, y como fué la única persona que encontraron, sufrió, por todas las demás, veinticinco azo-

tes y veinticinco mil atropellos. Vieron después el incendio de la casa, y cuando se persuadieron de que los asaltantes se habían retirado, que fué á la mañana siguiente, volvieron á la hacienda en busca de la pobre Pepa á quien recogieron y cuidaron.

Luego el viejo, con un satisfacción brutal, me refirió los pormenores de la revancha decretada por Don Mateo en su campamento de San Bonifacio. El mismo tío Lucas con diez hombres á sus órdenes, fué al Roblar y quemó la casa, el trapiche y el cañaveral, aplicando cincuenta azotes á dos criadas que encontró, pues la mujer de Soria se puso oportunamente en cobro, con cuanto pudo salvar del saqueo.

Con pena declaro que esta conducta salvaje, y estos actos de ferocidad infame, me iban pareciendo menos horribles cada día. La bola me estaba haciendo el peor mal de que es capaz: disminuir la energía de mi juicio moral.

Concluyó el viejo explicándome la situación. ¡Ah! Ese maldito de Perfecto tenía la culpa de la derrota. El tío Lucas se lamen-

taba de no haber estado en la acción y de que yo no hubiera matado á Perfecto, quien estaba todavía algo tonto á consecuencia del golpe que yo le descargara. ¡Cuánto celebré la noticia de que estaba vivo!

Don Mateo tenía seiscientos hombres en San Bonifacio, y el General Baraja le había mandado cincuenta fusiles, que aunque algo inútiles, al fin eran fusiles y tenían bayonetas.

—Mañana tomamos el pueblo, agregó el viejo, como si se tratara de tomar un real de aguardiente.

—¡Mañana! exclamé yo con verdadera animación.

—No le quepa duda. Yo vengo á dos cosas: una, ver cómo están las trincheras que han puesto aquí, y mandárselo decir á mi señor compadre; otra, reunir veinte ó treinta hombres, pa armarlos aquí adentro, pa cuando mi señor compadre se meta en el pueblo. Este es el plan de mi señor compadre, que ya sabe, Don Juanito, que es un soldao muy práctico y muy inteligente.

—Sí, sí; dije con creciente interés. Yo

también me quedo. ¿Á qué hora entrarán?

—Pos á la hora que puedan. Tal vez ora en la noche avancen algo, porque San Bonifacio está lejos. Luego saldremos pa buscar á los *muchachos*; mientras, que nos diga Minga dónde están las trincheras.

¡Qué trincheras ni qué niño muerto! En San Martín no se pensaba en tal cosa. El Jefe político, envalentonado con su victoria no trataba de encerrarse, sino de salir al encuentro de Don Mateo, á quien por mofa llamaba *el Señor Coronel*, y darle una zurra buena, porque no servía ni para limpiar su caballo, según su expresión favorita.

Salimos de la casa de Pedro el tío Lucas y yo, y escurriéndonos aquí y agazapándonos allá, recorrimos todo el barrio del Arroyo, buscando á los *muchachos*, de los cuales comprometimos hasta una veintena, bajo el concepto de que al oirse al siguiente día los primeros tiros, se reunirían, armados, con nosotros en la casa del famoso Pedro Martín.

El blanco fulgor de la aurora comenzaba á esparcirse por el horizonte cuando volvimos á la casa de Minga. El viejo se tendió en el suelo, después de agotar el contenido de la botella; y un minuto después, roncaba ruidosamente. Yo rehusé la cama que Minga me ofreció, bajando al suelo á sus hijos, y me asomé al patio interior, que circuía un corral de árboles verdes y frondosos.

La lluvia había cesado cuando la aurora inundó con su alegre luz los campos de San Martín, y de las ramas de los árboles escurría gota á gota el agua recogida en las hojas. Mil gorjeos salían de los nidos colgados en la cerca; las gallinas vagaban por el patio con sus grupos de redondos polluelos, escarbando la tierra para darles alimento, y á lo lejos se oía el mugido de los bueyes que salían al trabajo. Mi imaginación vagó un momento por mundos ideales compuestos de gentes que no peleaban nunca, y no sé hasta donde llegara; si Minga, que salió á echar maiz á las gallinas, no me hubiera dicho:

—No se asome mucho; porque lo pueden ver.

XVI.

Rumores y noticias.

Cuando el sol coronó la sierra de Oriente, el viejo Lucas despertó, buscando aguardiente y algún bocado para entonar el cuerpo. Permanecíamos encerrados en la única pieza de la casa, y yo me paseaba inquieto, nervioso y agitado, con la desazón de quien presiente, no de quien teme, sucesos próximos y graves. No había medio de darme punto de reposo, y sólo á reiteradas instancias del viejo y Minga tomé algún alimento desabrido, de los que acostumbra y prefiere la gente de nuestros campos.

En medio de mis revueltas ideas, relativas en su mayor parte á los acontecimientos que

esperaba, algún pensamiento me vino en que figuraron las imágenes del buen cura y su sobrina. ¡El pobre anciano iba á afligirse al notar mi separación, y su irritable carácter descargaría sus fuegos sobre la encantadora Felicia! Ignorando mi paradero, en tan difíciles circunstancias, no sabría la niña qué decir á Remedios, si ésta me enviaba algún recado. ¡Oh, no! era preciso hacerles saber que sano y salvo, me encontraba fuera del pueblo, pues si decía mi escondite, el Padre Morojo era muy capaz de mandarme aprehender, previo el compromiso de que no se me hiciera más daño que el de meterme en la cárcel.

¡Sobre la marcha! Vaya la madre de Minga á la Iglesia; escúrrase por la sacristía, puesto que es sospechosa por su yerno, y hable con el Padre Marojo, diciéndole que pasé por la casa de Pedro Martín á media noche, y salí sin novedad del pueblo: pero si puede atrapar á Felicia un momento á solas, dígale la verdad, pregúntele por Remedios, á quien mando mil recados y que diga sobre todo si insiste Don Camilo en llevársela muy lejos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

No podía hacerse esto en menos de dos horas, y durante ellas había un motivo más de inquietud y agitación para mí.

Minga, que salió una media hora, volvió á la casa llena de noticias de la plaza, las cuales alarmarían á cualquiera que no fuera la altiva mujer de Pedro Martín, que tenía la profunda convicción de que donde estaba su marido estaba el mundo entero, y de que no había nacido todavía el hombre capaz de tocarle un cabello.

—Estos brutos, entró diciendo, creen que les van á tener miedo con sus trincheritas. Pos ahí están poniendo en las calles montones de tierra y de piedras y de todo.

—Déjalos, hija, contestó el tío Lucas con flema; en algo se han de entretener. Después tendrán que poner esas cosas en su lugar, y yo les he de echar mucho palo para que se apuren.

La india, con la sonrisa desdeñosa en sus gruesos labios, me impuso de todo. La plaza estaba muy animada; todos los soldados y los presos estaban trabajando en la improvisación de las trincheras, y allá habían ido

á dar en media hora todos los descontentos y aun los simplemente tibios. Coderas en persona dirigía las obras, y los oficiales, espada al cinto, vigilaban á los desgraciados trabajadores, excitándolos de vez en cuando á la actividad por medio de tal cual palabrota ó cintarazo.

—Están amaríos de puro miedo, decía la india riendo.

Se trataba, según sus explicaciones, de cerrar varias bocacalles, formando un cuadro que abarcara la plaza y las manzanas ó casas adyacentes. ¡Buen trabajo tendrían para realizarlo!

¿Y qué se decía en la plaza? Pues se decía que Don Mateo tenía mucha gente y muy bien armada; que había recibido fusiles de nueva invención que disparaban una infinidad de balas en un momento, y que tenía también, cinco cañones grandes, muy grandes, que de un golpe se llevaban una compañía y tres casas. Desatinos todos que indicaban la disposición de los ánimos en favor de la bola.

No vió Minga á mi madre, según me di-

jo, cuando después de vacilar mucho me atreví á preguntarle por ella. ¡Tenía yo miedo de que fuera á decirme que también trabajaba en las trincheras!

Á medida que el tiempo corría, aumentaban mi ansiedad y mi inquietud. La llegada probable de las fuerzas revolucionarias, la suerte de Remedios, las aflicciones de mi pobre madre, el éxito del asalto, todo se agolpaba en mi agitada mente, haciéndome olvidar mis propios peligros. Más de una vez, Minga ó el tío Lucas tuvieron que separarme de la estrecha ventanilla que daba á la calle, haciéndome recordar mi calidad de enemigo de las autoridades, y notar la imprudencia que cometía, exponiéndome á ser visto por los transeuntes.

Pasaban para mí los minutos con lentitud de horas; me cansaba la charla del viejo, y me cargaba el desdeñoso tono con que Minga hablaba sin parar de los tiñosos gallinas que tan fuera de tiempo y tan *amarios* de miedo, se apuraban en hacer *sus montoncitos de tierra.*

Tocaron la puerta, y yo corrí á abrirla,

seguro de que era la madre de Minga quien llegaba. Abrí, y dí espantado dos pasos atrás, en tanto que el viejo Lucas se ponía de un salto en el patio interior.....

—Vaya, hijo; exclamó Cañas, entrando con cierto azoramiento; ¡bendito sea Dios que al fin te hallo! Hace media hora que corro de una á otra casa, buscándote por todo el barrio; pero yo bien decía: por aquí ha de estar, porque el barrio es amigo. Llegó á casa la criada de Felicia y oí que le daba un recado de tu parte, manifestándole que estabas dentro del pueblo, después de fugarte de la casa del Sr. Cura; y como siempre quiero servirte, y ayudar á la buena causa del Sr. Don Mateo, me vine inmediatamente para acá á fin de hablar contigo.

—¡Juzgamos tan ligeramente! pensé otra vez, reponiéndome del susto.

Pero en seguida recordé las palabras del Padre Marojo, que me repitió Felicia, y quedé suspenso.

—¿Será tan bribón este hombre? me pregunté. ¡El Señor Cura lleva treinta y dos años de vivir en San Martín!

Empezaba yo entonces mi carrera pública, y era preciso intentar un ensayo de hipocresía.

—No esperaba yo menos de su buena amistad, murmuré avergonzado por la mentira; ¡como fué vd. tan buen amigo de mi padre!

—Cabal; eso es. Pues bien, se sabe en la plaza que Don Mateo avanzó anoche hasta Santa Ana, de manera que no estará muy lejos de aquí en este momento. Trae seiscientos hombres y muchos de ellos con los fusiles con bayonetas que últimamente le mandó Baraja, y es seguro que Coderas no le podrá resistir. ¡Qué ha de resistir! Pero es preciso que Don Mateo sepa cómo anda esto, y supuesto que yo soy amigo de la causa, debo mandárselo decir ¿me entiendes? Cerraremos con tranca la puerta para no ser sorprendidos. Pues bien, mira: en la esquina de los zapotes está una trinchera; otra en la de Camero, adelante de la barranquita; otra en la esquina del atrio; otra en la que está antes de tu casa, y otra aquí derecho, frente á la casa de Marcial. Por el lado de

la cárcel no han de poner trinchera; porque como apenas tienen tiempo de medio arreglar las que más necesitan, dejan ese lado con sus naturales defensas, que consisten en la subida de la barranca grande, y el corral del Ayuntamiento que queda enfrente.

Aquel hombre vendía, pues, á sus amigos porque los veía perdidos. Comencé entonces á comprender que hay en el mundo gente digna de la horca, y que en muchos casos la hipocresía es una arma legítima.

El tío Lucas, que había ido acercándose, oyó casi toda la explicación de Cañas, y metiendo su cuchara, dijo:

—Pues me voy á avisarle.

¡Eso es! ¡eso es! afirmó el veleidoso síndico. Corra, tío Lucas; y dígale al Sr. Don Mateo que digo yo ¿he? que digo yo, que en el llano de la Cruz le van á esperar con doscientos hombres, y que si los derrota se encerrarán en la plaza; que no entre derecho, porque estas trincheras son las mejores; que entre por el lado de la iglesia y por la cárcel. Ya vd. oyó lo que dije. ¡Corra pronto, porque ya han de estar cerca! ¡Mire! ¡Cui-

dado le cojen los del Jefe político que andan por el camino!

—¡Qué me han de cojer! dijo el viejo con garbo, ¡pos pa que está el monte!

Y saliendo por el patio, saltó la cerca por donde pudo y se perdió entre las casas vecinas.

—Ahora, Juanito; continuó el vejete; te diré que yo también me voy. Antes de salir de casa, mandé á mi mozo que me trajera mi caballo al Arroyo, y ya debe estar esperándome. Me voy á la Guayaba mientras esto pasa, porque no puedo soportar la vista de las arbitrariedades que Coderas está cometiendo. Luego que Don Mateo tome la plaza (porque de seguro la toma), hazme favor de mandarme avisar para que venga yo á prestar mis servicios en la organización de todo esto. Con que hasta luego, y cuídate. Mejor no te metas.

Tocaron á este punto á la puerta, y cuando Cañas azorado buscaba en donde ocultarse, Minga, sonriendo con su eterno desdén, fué á abrir.

—Es mi madre, dijo al síndico.

Y al pasar junto á mí, añadió, indicándome con los ojos á Cañas.

—¡Cuidao!

Entró la anciana, y mirando con desconfianza al vejete, me llevó aparte con precipitación y me dijo al oído:

—Que ya están ensillando los caballos y que se llevan á la niña *al interior* pa que ni vd., ni Don Mateo ni nadie se vuelva á juntar con ella. Que está llorando mucho y que ya no lo vuelve á ver nunca. Y dice que Don Abundio es el que se lo aconsejó á Don Camilo y hasta le dió cartas pa el camino.

Me volví hacia Cañas, que ya tranquilo parecía esperarme, impaciente por despedirse de mí y tomar el camino de la Guayaba. Vió algo terrible en mi semblante irritado é inquieto; porque se puso pálido y dirigió una mirada de angustia á la puerta.

Yo me acerqué á él indeciso, vacilando entre ahorcarle ó darle un trancazo en la cabeza. Retrocedió con terror hasta encontrar la pared, y allí le agarré el pescuezo con ira, estrujándole sin lástima. Lanzó un gemido de ahogo, y le solté no sé por qué sentimiento que no me dejó matarle.

—No saldrá vd. de San Martín, le dije fuera de mí; porque necesito tenerle cerca, para ahorcarle tan luego como Remedios haya sido arrastrada contra su voluntad fuera del pueblo.

—¡Juan! ¡Juanillo! ¡Mira, hijo, por Dios! gritaba el vejete juntando las manos. Te juro que.....

—¡No jure vd.!

—¡Pero, hijo, escúchame! ¡Escúchame! clamaba Cañas metido en un rincón y temblando como azogado.

—Mire vd., le dije con tono sombrío y fuera de mí; vuelva vd. en este momento á su casa; invente uno de esos ardides que sabe inventar, y haga que Remedios no salga de San Martín. De lo contrario, por mi madre le juro, que tan luego como la plaza se tome, pegaré fuego á su casa, y le ahorcaré á vd., á su mujer y á toda su raza maldita!

—¡Juanito!

—¡Lo juro por mi madre! repetí.

Y tomando al síndico por la nuca, le arrojé á la calle gritándole:

—¡Vaya vd.!

XVII.

El asalto.

Procuraba yo en vano aliviar y contener la inquietud y desazón de que estaba poseído, y á las cuales acudían con no poca frecuencia Minga y su madre, ya separándome de la ventanilla, ya impidiendo que quitara la tranca que sujetaba la puerta, y que inconvenientemente quería yo á cada momento apartar, ya haciéndome regresar del patio por donde pudiera escaparme, á no estar constantemente vigilado.

—¡Qué tal el Don Abundio! decía Minga con mofa; ¡fíese de él! Pero no tenga cuidao, que ora ya no deja ir á la niña.

Sin embargo, hice que la anciana volviera á buscar á Felicia, para rogarle que si los